

lado los libros santos al decirnos: *Dios hizo al hombre á su imagen*; palabra que define al hombre mucho mejor que han podido hacerlo todos los sabios, antiguos y modernos. Admirémos, Señores, de paso, esta religion cuya doctrina está en tanta armonía con lo mas elevado de la metafísica, como su moral con los sentimientos mas puros; esto es lo que pudo hacer decir á un pensador aleman, que *no hay mas filosofía que la religion cristiana.*

Ademas de estas verdades primeras ó de toda evidencia, hay otras que podemos llamar de discusion, de deduccion ó consecuencia. Cuales sean estas, y cuales los medios que tenemos para conocerlas, es lo que nos queda que discutir.

Acabo de sentar, señores la necesidad de admitir ciertas primeras verdades que se sienten y perciben tan pronto como se anuncian, y que no se pueden probar, porque son ellas mismas la prueba de todo. Llámense *primeras* no solo por su existencia, sino por su importancia, por su ascendiente y su imperio; pues no solo preceden al uso reflexivo de la razon, como el gérmen precede al desarrollo de la planta que debe salir de él, sino que sirven de fundamento á todos los trabajos del entendimiento, á todas sus investigaciones y descubrimientos, y tienen

la misma antigüedad, extension y duracion que el género humano: tan prudente es adherirse á ellas, como locura separarse de estos principios que son una áncora de salud para la inteligencia, de tal modo que sin ellos estaria siempre fluctuando en un oceano de incertidumbres.

Es preciso, sin embargo, convenir en que si nouviésemos mas nociones que las primitivas, estarian reducidos nuestros conocimientos á límites bien estrechos, serian igualmente instruidos todos los hombres, pues son comunes á todos, y el género humano hubiera permanecido en una infancia eterna. Las primeras verdades son como las raices del árbol de la ciencia, que el cultivo hace crecer, y del que sale gran número de ramas que producen flores y frutos. ¡Cuántas verdades hay en el vasto imperio del talento humano, ya sea en las ciencias naturales, ya en la geometría, en la política, y hasta en las materias religiosas y morales, que no se presentan por sí mismas al entendimiento, cuya simple exposicion no lleva consigo la evidencia, y á las que solo se llega per medio de la meditacion! Pero ántes de pasar adelante y de indicar los medios de describirlas, debemos hacer una observacion importante respecto de toda clase de conocimientos sin excepcion; y es que toda verdad, cualquiera que sea, consi-

derada en nuestra alma, y luego que la percibimos y la conocemos, se convierte en un sentimiento interior que nos anuncia su existencia. La verdad es tan independiente de la comprehension de mi entendimiento, como la luz del sol lo es del órgano de la vista; pero así como la luz solo existe para mí por el efecto de la impresion que hace en mis ojos, así conozco la verdad por la sensacion que ella misma causa en mi alma. Hableme un filósofo de Dios y de sus atributos, del alma y sus facultades, de la moral y sus preceptos, de la religion y sus fundamentos; explíqueme un sabio las leyes de la naturaleza, sus fenómenos, los descubrimientos, fruto de sus observaciones; desenuélvame el geómetra sus teorías con sus corolarios; que el literato me trace las reglas de hablar bien y de persuadir á los demas cuanto cree él mismo, y que el crítico ponga á mi vista los monumentos de los hechos que me refiere, y procure hacerme conocer toda su fuerza: desde luego los escucharé atentamente, y procuraré seguir la serie de sus racionios; pero estos mismos excitarán en mi entendimiento una multitud de ideas y reflexiones, y experimentaré forzosamente un sentimiento de resistencia ó de adhesion, y por último solo me decidiré á prestar á sus teorías entero crédito cuando un sentimien-

to interior me obligue á decir: *esto es cierto.*

Se quiere establecer una regla infalible de nuestros juicios, un principio inmutable de certidumbre, lo que se llama al fin el *criterio* de la verdad: ¿pero le fijáremos en la perfecta conformidad de la consecuencia con la primera verdad en que está contenida, es decir, en la identidad; ó le halláremos en la experiencia ó en la autoridad? Elijase lo que se quiera, siempre será preciso que mi entendimiento conozca y aprecie por sí mismo el principio que se me designe como tal, y que un sentimiento interior me advierta la exactitud de esta regla de verdad, y la precision de sus aplicaciones. Y aun, si se quiere subyugar mi entendimiento por medio de la revelacion divina, ó por la fe universal del género humano, es indispensable que yo conozca ántes esta revelacion y esta creencia, y que sienta su fuerza é irrefragable autoridad, y es de absoluta necesidad que alguna cosa me diga interiormente: *esta revelacion viene de Dios; esta es la fe del género humano, y es una locura no pensar como él.* Si se me hace subir hasta Dios, origen de toda verdad, será no ménos necesario que yo conozca á este Dios, y que experimente dentro de mí mismo la persuasion íntima de su existencia; y como no puedo estar cierto de esta sin estarlo ántes de la mia, para

lo que es preciso que yo mismo sienta que existo, resulta que siempre venimos á parar al sentimiento interior. Para sentir y conocer, es preciso existir: así es que la nada no siente ni conoce; y como es indudable que si no hubiese Dios yo no existiría, resulta que no puedo explicar mi existencia, sino por la del Ser de los seres que me la ha dado. No tratamos aquí de prioridad de existencia, sino de aquella prioridad de conocimiento con que es preciso que yo reconozca mi propia existencia para venir en conocimiento de la de Dios; de tal modo que aun la duda sobre mi existencia seria una prueba de ella, porque quien no existe no puede dudar.

Ciertamente, señores, que si queremos desprendernos de las ilusiones de los sistemas formados muy inútilmente y á veces con grande trabajo, hallaremos que todo se refiere al sentimiento íntimo de este *yo*, y de lo que pasa dentro de mí mismo; y que despues de haber agotado todas las reflexiones y todos los racionios, la última razon para creer una proposicion, sea la que quiera, es siempre el sentimiento interior de su verdad. Yo no necesito saber como estas impresiones y estos pensamientos nacen en mi alma; dejo á cada uno por este momento la libertad de adoptar el sistema que le parezca,

y nada me importa que empiecen por la sensación, por la palabra, ó por cualquier otro medio; siempre será imposible que una idea, una verdad, ó cualquier otra cosa exista para mí de otro modo que por el sentimiento que tengo de ella. En este sentido es bien claro que el principio de mi asenso está dentro, y no fuera de mí; que cuanto viene de fuera debe ser sentido y juzgado por mí, y que solo cuando la impresion de verdad que yo experimento es tan luminosa, tan profunda é irresistible que me obliga á acceder á ella, es cuando llego á la conviccion y á la certidumbre, que no es mas que la adhesion imperturbable del entendimiento á la cosa que se le presenta.

¿Pero está á nuestro alcance excitar la impresion íntima de luz que nos causan las primeras verdades por medio de cosas ménos luminosas por sí mismas? Sí señores, si se trata de cosas intelectuales fundadas en relaciones invariables, como la geometría, puede el entendimiento conocer los primeros principios, y deducir de ellos consecuencias por la via del racionio: si hablamos de cosas materiales y sensibles, como los fenómenos de la naturaleza corpórea, las conocemos por la relacion de los sentidos; y si de cosas de hecho, como la existencia y la muerte de César, las conocemos por

los testimonios. Véamos ahora si el raciocinio, los sentidos y los testimonios pueden servirnos en circunstancias determinadas de guías seguras y fieles que nos conduzcan á la verdad.

No ignoro que se abusa del raciocinio aun contra la misma razon, y que hay raciocinios falsos, como pesos y medidas falsas; que el entendimiento humano se extravía y se precipita mas de una vez, y está expuesto á tomar por verdadera luz ciertos vanos resplandores: procuráremos en un discurso particular descubrir las causas mas comunes de nuestros errores; pero así como la moneda falsa no destruye la verdadera, ni impide que esta esté marcada con sellos por los que al fin se la reconoce y distingue de lo que no es ella, así la razon procura penetrar una multitud de cosas, y puede en muchas circunstancias remontarse á ciertos principios fijos é incontestables con que todo lo demas está ligado, y llegar á aquellas nociones primitivas y luminosas por sí mismas, de que ya hemos hablado; de modo que una misma luz me subyugue, y domine mi alma, ya contemple estos principios luminosos por sí mismos, ó ya medite las consecuencias que la reciben de ellos como por reflejo, y que no son mas que el mismo principio desenvuelto. Veo por ejemplo que la esencia del círculo es ser redondo, que el

diámetro le divide en dos partes iguales, que el radio es la mitad de este; y que todos los puntos de la circunferencia estan á igual distancia del centro; pues si de estas nociones evidentes por sí mismas deducen los géometras consecuencias que sean su resultado infalible, tendré las unas por tan ciertas como las otras; y por mas que se multipliquen los sofismas y se intente hacer vacilar mi certeza, jamas dudaré que el círculo es redondo; sentiré cierta impresion de verdad irresistible, y sin poderlo evitar me hallaré penetrado del convencimiento mas íntimo y mas profundo, no solo de las cualidades esenciales del círculo que yo veo sin necesidad de meditacion, sino aun de las que se me haya manifestado estar contenidas en aquellas. De modo que si la serie de nuestros raciocinios empieza por uno de estos primeros é inmutables principios, y aquellos estan tan unidos entre sí como los eslabones de una cadena, de los cuales el último lo está al que le precede, y así sucesivamente hasta llegar al punto que los sostiene á todos, entónces la última consecuencia estará inseparablemente unida á su principio.

Hay sin duda gran distancia desde las primeras nociones de la álgebra hasta los mas altos problemas del analisis, así como desde estas proposiciones *yo existo, yo siento, yo pienso* has-

ta la especulativa mas sublime: hay entre unas y otras una multitud de racionios intermedios; pero así como si en un camino desconocido que hay que andar durante la noche encontramos de trecho en trecho antorchas encendidas, la primera nos conduce á la segunda, esta hasta la tercera, y así progresivamente llegamos á la última que nos manifiesta el término de nuestro viage; así tambien en los racionios bien deducidos, cada proposicion deja en el entendimiento cierto rastro de luz, y haciéndonos pasar por una cadena no interrumpida de impresiones interiores de verdad, nos conduce á la que es el objeto de nuestras investigaciones.

Pasemos á hablar de la relacion de los sentidos: yo confieso que estos, por ejemplo, la vista, el oido, pueden ocasionar preocupaciones en un entendimiento ligero é inconsiderado. ¡Cuántas veces nuevos descubrimientos han dado á las cosas diferente punto de vista, y se han hallado defectuosas algunas experiencias que habian inspirado demasiada confianza! ¡Pero qué debemos inferir de esto? Que es preciso precaverse de los juicios precipitados, y no decidirse sino despues de un exámen muy escrupuloso; pero cuando la relacion de los sentidos es constante y uniforme; cuando las experiencias repetidas mil veces ofrecen los mismos resulta-

dos; cuando considerado bajo todas las formas se reproduce siempre el mismo fenómeno, y cuando los objetos son tan perceptibles que basta para verlos tener ojos, y oidos para oirlos, ¿podrémos negarnos á dar asenso al testimonio de los sentidos? ¿Cómo será posible dejar de creer por la experiencia misma, que el agua es mas pesada que el aire, que este es mas elástico que aquella, que los fluidos buscan el nivel, que el astrónomo conoce el secreto de calcular con precision la repeticion de los eclipses, y que las artes tienen operaciones perfectamente adaptadas al fin á que se destinan? ¿Cómo es posible no creer que el dia no es la noche, y que hay movimiento en la naturaleza? En esto no cabe duda, y si notase en mí la menor perplejidad, me avergonzaria de mí mismo; pues aunque vengan todos los Zenones, antiguos y modernos, á ofuscarme con sutilezas contra el movimiento, y aunque no pudiese responder á ellas, me tendria por el hombre mas insensato en negarlo; echaria á andar y diria: Hé aquí que el movimiento es posible.

Tratemos ahora de los testimonios. Es cierto que mas de una vez testimonios sospechosos han pasado por irrecusables, y que en materia de hechos históricos la impostura por una parte, y la credulidad por otra, han acreditado las re-

laciones mas falsas; pero tambien es cosa sabida, que la sana crítica tiene reglas para el examen de los testimonios, y que son frecuentemente de tal autoridad, que es imposible recusarlos: sin analizar aquí esta materia, lo que exigirá un discurso aparte, recurro por ahora solo á vuestra conciencia, y os pregunto: ¿Si se le antojase á un sofista divulgar que Alejandro el Grande es un héroe fabuloso, que Carlo-Magno solamente ha existido en la imaginacion de nuestros novelistas, y que la ciudad de Roma solo está en el mapa, ¿hallaria en toda la Europa un partidario, ni podria hacer dudar á nadie de estos hechos? ¿no seria tenido por un loco? Sin embargo solo los conocemos por los testimonios de los hombres; y por ellos creo tan firmemente en la existencia de Roma sin haberla visto, como creo la igualdad de los cuatro lados que componen un cuadrado. Y si nó que se os digan estas dos proposiciones: *En Italia hay una ciudad que se llama Roma: los cuatro lados de un cuadrado son iguales:* ¿no os causan ambas la misma impresion de verdad sin que vuestro entendimiento conciba la menor duda sobre ellas? ¿la menor perplejidad no seria resistir á la evidencia y al grito imperioso de vuestra conciencia, aun sin haber estado jamas en Roma? Con todo eso vemos que esta es cosa de hecho

que no está sujeta á cálculos ni á operaciones geométricas. Lo mismo que de Roma diré de Constantinopla, de Filadelfia y de Pequín; lo diré de la existencia de Francisco I, de Clodoveo, de Teodosio, de Marco Aurelio, de César, y de hechos aun mas particulares, como las batallas de Fontenoy, de Ivry, de Pavia, de Farsalia y de Actium, y seria renunciar el sentido comun negarse á prestar asenso á estos hechos. Oid lo que dice sobre el particular uno de los mas brillantes ingenios que han dado honor á la magistratura de Francia: „Yo conozco, ha dicho D'Aguesseau en sus meditaciones metafísicas (1), „que hay hechos que aunque solo me son conocidos por el testimonio de los hombres, me son „tan evidentes como las verdades de la geometría. ¿Podré yo dudar, por ejemplo, de la existencia de Roma, aunque no haya estado en „ella? ¿Me será posible ni aun sospechar que „me engañe ó se engaña el historiador que me „anunció que Augusto finé el primer emperador romano, y que Cristobal Colon descubrió „lo que llamamos Nuevo-Mundo? Si las verdades geométricas son mas claras para mí, porque yo descubro su principio, aquellas tienen „la ventaja de estar al alcance hasta de los hom-

(1) Medit. IV. Tom. II. pág. 144.

„bres mas comunes, y de causar en su alma una  
„impresion mas profunda y mas durable. Con-  
„tinuamente se ven disputas sobre los métodos  
„geométricos y sobre la misma evidencia; pero  
„nunca se ha puesto en duda la existencia de  
„Roma; y si algun hombre ha querido dudar de  
„hechos de esta naturaleza, ha sido tenido por  
„un loco, ó á lo ménos, por un sofista despre-  
„ciable que abusa de la sutileza de su talento.”

Ved aquí, Señores, como el racionio, los sentidos y los testimonios, ya estea reunidos ó ya separados, pueden servir de fundamento en diversos géneros de conocimientos. Esto no es decir que el hombre sea infalible, así como tampoco impecable; pues ni le es dado poseer en este mundo toda la ciencia, ni llegar á una virtud perfecta como la de los bienaventurados. Si el hombre está dotado de entendimiento, tambien es libre; y tanto en la investigacion de la verdad como en su conducta, puede hacer uso bueno ó malo de su libre albedrío, é inútil es poner en sus manos los medios seguros para encontrar la verdad, si no quiere servirse de ellos, ó deja su direccion á las pasiones y al orgullo. Seria tambien grande y funesta ilusion creer que todo contribuye al triunfo de la verdad, porque se haya ilustrado nuestro entendimiento; es necesario advertir que las pasiones

son sus mayores enemigos, y que por consiguiente miéntras haya hombres habrá errores y vicios. ¿Pero podremos por esto decir que el hombre nada sabe, porque no lo sabe todo; y que no hay verdad alguna, porque hay muchos errores? Esto seria lo mismo que decir que no hay virtud porque la tierra está manchada con muchos vicios, ó que la luz no existe porque nos hallamos frecuentemente entre tinieblas. Si queremos conseguir el justo medio en que está la sabiduría, digamos con uno de nuestros antiguos apologistas, y de los mas grandes ingenios de su siglo, con Lactancio (1): „Entre los filósofos, unos han sostenido que todo se podia saber, y estos han sido unos insensatos: otros que nada se podia saber; y estos no eran mas sabios que aquellos, pues si los primeros han concedido mucho al hombre, los segundos le han dado demasiado poco, y unos y otros han caído en el extremo. ¿En dónde pues está la sabiduria? en no creer que lo sabeis todo, porque este es un atributo exclusivo de Dios, y en no sostener que nada sabeis, lo que es propio de los brutos. Entre estos dos extremos hay un medio que conviene al hombre, á saber: una ciencia mezclada de tinieblas, y como templada por la ignorancia.”

(1) *De falsa sapientia*, lib. III, cap. vi.